



geramente» forzada, en efecto, pero apasionante a fin de cuentas. También lo es una historia ya no alternativa sino tremendamente real como la que narra otro clásico, *Por favor mátame. La historia oral del punk*, de Legs McNeil y Gillian McCain, con seguridad la mejor revisión de la escena *punk*. Si en Estados Unidos fue un superventas, en España parece que tampoco le va mal: la excelente reedición que Discos Crudos publicó hace nada ya se ha agotado.

COLETILLA IMPRESCINDIBLE. Sea alternativa o no, incluso más o menos ficcional, el hecho es que cuando se habla de «historia» no hay demasiadas complicaciones. Ni el *punk* ni la contracultura en general tienen dificultades con su pasado, errores de interpretación al margen. El problema surge cuando accedemos al contexto actual: en el momento en que las camisetas de los Ramones se compran en H&M o citar a Debord se convierte en cliché, en la coletilla imprescindible en toda conferencia o artículo que

ALTERNATIVOS EN LONDRES.

ARRIBA, A LA IZQUIERDA, UN GRUPO DE «PUNKS» POSA JUNTO A UN «BOBBY». A LA DERECHA, VARIOS «HIPPIES» INTENTAN ACCEDER AL PALACIO DE BUCKINGHAM PARA INVITAR A LA REINA ISABEL II A LA «LOVE-IN» EN 1967

ABC 7

se precie, ya no es tan fácil cerrar la historia, por muy alternativa que sea. No debe extrañar, entonces, que la historiografía de la contracultura, y de ahí el éxito, sea mucho menos controvertida que su presente.

Por supuesto, podemos ofrecer la explicación habitual del asunto, aquella en la que ya insistían Debord y los situacionistas, la de que en el mundo actual cualquier gesto radical es asimilado rápidamente por el sistema. Así habría ocurrido con los momentos más transgresores de las vanguardias clásicas, con modelos activistas y artistas que a menudo recaen en el espectáculo que critican o con proyectos del mundillo *hacker* y *hacktivista* que en ocasiones refuerzan más que erosionan el objeto de su ataque. Todo esto ya ha sido examinado desde multitud de perspectivas, siendo consciente la propia contracultura de la encrucijada en la que se halla ante esa ineludible necesidad de acción, por un lado, y la sospecha sobre sus resultados, por el otro.

Sin embargo, si esto es así, y admitiendo el valor de algunas propuestas, la desfachatez de otras o la ambigüedad de muchas, quizá lo más problemático sea la dificultad de la propia contracultura para aceptar la crítica. En el territorio del arte y su teoría se percibe de un modo muy claro. Del mismo modo que la escena alternativa en multitud de ocasiones es asimilada por el sistema al que se enfrenta, así también aquellos que intentan hallar grietas, fisuras o que, simplemente, no están de acuerdo con sus estrategias, son transformados por esa misma con-

EN EL MOMENTO EN QUE LAS CAMISETAS DE LOS RAMONES SE COMPRAN EN H&M, YA NO ES TAN FÁCIL CERRAR LA HISTORIA, POR MUY ALTERNATIVA QUE SEA

tracultura, bien –de un modo sutil y elegante, eso sí– en parte de la dialéctica crítica y «necesaria oposición», bien –de un modo mucho más zafio y mamporrero– en ultraconservadores y reaccionarios.

POR LA PUERTA DE ATRÁS. El dilema en el que se encuentra la contracultura es así redirigido por ésta hacia sus posibles detractores. Ante panorama tal el caos es ya completo. Y más si le sumamos un modelo cada vez más habitual, el del debilitamiento de estrategias críticas, por ejemplo las situacionistas, para intentar colarlas por la puerta de atrás en teorías post-postmodernas, descontaminadas, por supuesto, de todo radicalismo: «Manipular los procedimientos situacionistas sin pretender la abolición del arte», escribe Bourriaud en *Postproducción*. Así puedes seguir siendo «alternativo» pero sin llegar a «punkarra». El panorama no es muy halagüeño, no. Lástima que el honor entre *punks* fuera parte de una historia... y además alternativa. ■